

CINE STEVEN SODERBERGH VUELVE AL CINE DESPUÉS DE CINCO AÑOS CON LA COMEDIA 'LA SUERTE DE LOS LOGAN'

CIENCIA LA NASA OFRECE NUEVAS REVELACIONES SOBRE CÓMO AFECTA EL CO2 AL CALENTAMIENTO GLOBAL



Cantante en cabarets, poeta, novelista, actriz, bailarina, marionetista. Y a lo largo de su vida conoció a D'Annunzio, Marinetti, Cocteau, Lenin... Atravesó las vanguardias de comienzos de siglo en primera línea y junto a su marido, Hugo Ball (un joven oscuro siempre vestido de negro), estuvo en las bambalinas del Café Voltaire, epicentro de los grandes desafíos artísticos. Ahora, la editorial El Paseo publica una novela gráfica ('El ángel dadá') que firman Fernando González Viñas y José Lázaro **POR JUAN BONILLA**

Emmy Hennings carga con el sambenito de «musa dadá» y hacen bien Fernando González Viñas y José Lázaro, los autores de esta novela gráfica publicada por el paseo Editorial, en elevarle la categoría de musa a ángel. Muchas de las mujeres de la vanguardia hicieron el mismo camino que Hennings: es como si pagaran el peaje de ser primero musas para luego ser consideradas algo más que meras presencias de unas escenas legendarias. Naturalmente Hennings fue mucho más que la musa de unos cuantos poetas, expresionistas y dadaístas. No se limitó –como en el caso de Lily Brik con Maiakovski– al papel de agente provocador. Cantante en cabarets, poeta, novelista, actriz, bailarina, marionetista, desde muy niña tuvo claro que la poesía, si era algo, como si supiese etimología antes de estudiarla, debía ser acción, acto. Una viñeta de *El ángel dadá* nos la presenta niña aún soñando su futuro: «Me dedicaré a robar bancos y cantarlo luego en poemas». Impuso a su familia la necesidad de estudiar arte dramático, conoció a un actor con el que se casó pronto, se quedó embarazada, tuvo un hijo que murió enseguida, cuando ella ya se había quedado embarazada de otro hombre, Wilhelm Vio, con quien empezó su vida nómada. ¿Hacia dónde nos encaminamos exactamente? le pregunta Hennings a su amante: qué más da, actuamos, pasamos la gorra y seguimos. La carretera no tiene fin. Se diría que durante años Hennings tuvo esa frase como lema insobornable.

Formando parte de un grupo de trotamundos que cantaban óperas en casinos o canciones pícaras en tabernas fueron ganándose la vida. Cuando el grupo se deshizo, Hennings y su amante se dedicaron a las posadas: ella cantaba canciones danesas; él, temas húngaros. Pasaron un verano maravilloso: el verano que la transformó de actriz dramática a cantante sensual para borrachos de pueblo. Era 1906 y el futuro parecía al alcance de la mano: Picasso retrataba a Gertrude Stein y Dumont hacía ensayos de su vuelo.

La vida era dura para la pareja entonces: cuando no encontraban posada donde aceptaran sus canciones, mendigaban. Vio robaba manzanas en jardines privados, Hennings llamaba a las puertas de las casas para pedir monedas con la que alimentar a su hija. También tuvo que ejercer la prostitución, lo que la llevó a dejar a su hija en casa de su familia, y seguir adelante en un camino que, como se dice en *El ángel Dadá*, muchas veces cielo e infierno se confundieron.

Hennings fue a Bremen, allí la fichó un empresario de Monster, ingresó en un cabaret en el que los clientes te daban unas monedas si podían tocarle la mano y unos billetes si les dejaba que le acariciaran el cuello. Triunfar allí

Distintas imágenes de Emmy Hennings, figura clave del dadaísmo. E.M.



Entre sus amantes destaca el español Julio Álvarez del Vayo, joven corresponsal que mucho más tarde, después de perder la guerra, dirigiría el FRAP



no era difícil: sólo había que complacer sexualmente al empresario, al director del teatro, a los críticos, a los clientes, a los policías, a los bohemios encargados de expandir la buena nueva de que una artista había llegado a la ciudad. Después de tanta complacencia, el nombre de la artista luciría en el luminoso de la fachada. «Es el precio a pagar por el pan y el champaña», dice Hennings en *El ángel Dadá*. Hasta que la artista se harta y le dice al empresario: búsquese otra puta. Sabe que todas las puertas se le van a cerrar, pero la carretera no tiene fin.

El capítulo siguiente la lleva a

Colonia, donde descubre la morfina de la mano de John Höxter, de profesión suicida sin experiencia. Höxter era homosexual, judío, y en la Colonia y el Berlín de 1910 ninguna de esas condiciones era un problema. Colaboraba en la revista *Die Aktion* pero se ganaba la vida pasando morfina. Junto a él, Hennings desemboca en el movimiento expresionista, se gana la vida como cantante en el Olympia y se vuelve una apache: la tribu de bohemios y artistas del hambre que pululaban por las grandes capitales europeas. Ese capítulo es especialmente bueno en el libro. Hennings comparte su

vida con el poeta Hardekopf, pero sobre todo empieza a necesitar expresar en poemas todo lo que ha vivido: digamos que toma conciencia de que ya ha robado los suficientes bancos como para convertir esas aventuras en poemas. Es entonces también cuando acontece el gran momento que da a conocer a Hennings durante una velada a todas las grandes figuras del momento: D'Annunzio, Marinetti, Cocteau, Tagore... –Picasso y Apollinaire no acudieron porque fueron detenidos por la policía–. París capital del mundo. Y después la siempre vivaz Munich, el Munich de Wedekind, de

Kandinski, de Pritzke, pero sobre todo de Hugo Ball.

En Munich y Berlín le acontecen a Hennings varias cosas sustanciales: la principal de ellas es que entra en crisis y acude a refugiarse a la Iglesia. Se siente una pecadora, la sucesión de sus amantes se le presenta como una cabalgata nefasta, a pesar de lo cual sigue manteniendo relaciones paralelas, ejerciendo una libertad que escandalizaba alrededor. Una tarde, en un ataque de celos, la poeta Else Lasker quiso sacarle los ojos en la calle (más tarde se harían amigas). Encontró trabajo en el *Simplicissimus*, cabaret donde ejercía su magisterio Wedeking. Conoció al poeta Heym, otro gran expresionista al que se llevó la guerra, va a la cárcel por un robo antiguo, se hace amiga de Kandinski y sigue cayendo, cayendo *p'arriba*, como dice la canción, descubre el jazz, se hace amante de una constructora de marionetas, y por fin, una noche de 1914 llega al *Simplicissimus* un caballero de flequillo imposible y ojos de profeta que se sienta en el rincón más alejado del escenario. Hugo Ball.

Hugo Ball era un joven oscuro, siempre vestido de negro, con apariencia de sacerdote, que sólo creía en dos cosas: Dios y el individuo. Erudito del anarquismo, le parecía que los filósofos anarquistas se equivocaban en su confianza en la colectividad. Escribía poemas lascivos que los jueces acababan por no castigar porque no entendían una sola palabra de ellos. Le propuso a Hennings que actuara en el teatro que él dirigía, montando obras de Shakespeare: era un sueño cumplido para Hennings, actuar en un teatro de verdad. Pero el teatro de verdad de todas maneras estaba fuera, en una Europa que caminaba hacia el precipicio. La guerra estalló, cosa que había avisado Hugo Ball como habían avisado muchos otros. En 1915 la pareja se trasladó a Zurich, vivieron la más negra de las pobreza allí. Hennings trató de suicidarse. Todo esto lo cuenta con energía inolvidable Hugo Ball en su novela *Flametti*. Fue el primer paso para el legendario Cabaret Voltaire donde la risa del arte y de la poesía tronó en una Europa que había prestado todas sus herramientas para que naciese ese nihilismo a carcajadas que fue el dadaísmo. No por estar enamorada de Ball, Hennings dejó de satisfacer sus deseos. Entre sus amantes destaca el español Julio Álvarez del Vayo, joven corresponsal que mucho más tarde, después de escribir libros rusos como *La senda roja* o *La nueva Rusia*, después de perder la guerra, dirigiría el FRAP. Todo esto está contado con pericia excepcional en *El ángel Dadá*, una excelente puerta de entrada a la fabulosa Emmy Hennings, escrita con pulso acelerado y dibujada con elegancia primorosa. Una joya.